

Aníbal G. Arregui

# **INFRAESPECIE**

**DEL FIN DE LA NATURALEZA AL FUTURO SALVAJE**

Alianza Editorial

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Anibal G. Arregui, 2024  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2024  
Valentín Beato, 21; 28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)  
ISBN: 978-84-1148-552-4  
Depósito Legal: M. 64-2024  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

*A Sandriel*



# ÍNDICE

Preámbulo: Ella y La Otra .....	11
---------------------------------	----

## PRIMERA PARTE LA ANTROPOLOGÍA COMO INFRAECOLOGÍA

1. El plano infraespecie .....	17
2. La antropología es un deporte de combate .....	33
3. Una etnografía heterodoxa .....	57

## SEGUNDA PARTE RELATOS DE LA ECOGÉNESIS COTIDIANA

4. Haciendo lagos .....	73
5. Haciendo selvas .....	109
6. Haciendo ciudades .....	149
7. Haciendo cielos .....	183
Coda: del fin de la naturaleza al futuro salvaje .....	213
Agradecimientos .....	237
Bibliografía .....	241



PREÁMBULO:  
ELLA Y LA OTRA

La llama de una lámpara de aceite hacía bailar las sombras en las paredes de madera de la casa del señor Reginaldo. Estábamos en un palafito escondido entre la maleza, en la orilla de un riachuelo verde oscuro que iba a dar al lago Zé Açú (Amazonas, Brasil). Era un sofocante febrero de 2009. El señor Reginaldo cazaba y pescaba cada día, y cada día me contaba historias de sus encuentros con animales en los lagos, en los ríos y en la selva. Aquella noche me explicó que, mientras seguía el rastro de un venado para cazarlo, se había encontrado con una serpiente a la que conocía. Según Reginaldo, se trataba de la llamada «surucucú número 8», una especie venenosa, y potencialmente letal, en cuya piel se dibuja algo parecido al trazo sinuoso de un ocho. Reginaldo se refería a esa serpiente en particular como «Ella». Me dijo que Ella le respetaba, que le observaba discreta y semienterrada en la hojarasca, y que a menudo seguía con silenciosa curiosidad sus movimientos por la selva.

El señor Reginaldo acercó una bota de agua a la llama de la lámpara de aceite para iluminar cuatro pequeños agujeros a la altura del tobillo. En palabras del hombre, esas cuatro incisiones eran «la ofensa de La Otra», otro ejemplar de surucucú número 8. Meses atrás, mientras caminaba hacia su huerto en una tarde de lluvia, Reginaldo notó el golpe seco de la primera mordedura. Al mirar hacia abajo, vio el cuerpo parcialmente erguido de La Otra, que le mostraba sus colmillos furiosa. El hombre, petrificado, observó como La Otra le asestaba una segunda mordedura, atravesando el plástico de las botas de nuevo, pero sin llegar a clavarse en su tobillo. Reginaldo detuvo su relato, balanceó la cabeza de lado a lado sutilmente y, con la mirada fija y vacía en esos cuatro agujeritos, musitó para sí mismo: «La muy jodida...».

Ella y La Otra eran ejemplares de la especie *Lachesis muta*, la víbora de mayor tamaño de Amazonia. Sin embargo, Reginaldo las consideraba radicalmente distintas. La Otra era una «jodida» que quiso «ofenderlo» (o matarlo), mientras que Ella era una cómplice habitual de sus devaneos por la selva.

Desde que inicié mi trabajo de campo etnográfico en Amazonia, en el año 2006, he escuchado historias y presenciado encuentros con animales salvajes que eran descritos como seres únicos y llenos de idiosincrasias. Tapires «esquivos», caimanes que tienen «su teoría», araras «pérfidos», panteras «respetuosas», monos «egoístas». Sin saber cómo teorizar o explicar esas experiencias de interacción personal con otros organismos, pasé más de una década y media con la sensación de que la idea de «especie» me estaba ocultando algo importante. Poco a poco fui entendiendo que lo importante no era *qué especie* se encontraban mis interlocutores, sino *a quién* se encontraban en la selva. El paso del «qué» al «quién» para entender las relaciones ecológicas implicaba, en cierto sentido, una transición de la especie al individuo, del objeto al sujeto, de lo natural a lo social.

En los últimos años he empezado a investigar sobre relaciones humano-animal en Barcelona, en concreto sobre los jabalíes que prueban suerte en la ciudad. Y, también en ese contexto, me ha perseguido la sensación de que los atributos taxonómicos nos esconden la manera personal, íntima y en ocasiones creativa que tenemos de relacionarnos cotidianamente con animales que no siempre son buenos representantes de una especie, sino con frecuencia sujetos únicos y singulares.

Unos meses después de aquella conversación con Reginaldo sobre Ella y La Otra, me encontraba en las urgencias de un hospital en la población amazónica de Oriximiná. Había contraído una persistente infección de estómago y tuve que interrumpir mi trabajo de campo. En la camilla de al lado, un niño de unos diez años se retorció de dolor con una pierna hinchada y amoratada. Le había mordido una serpiente. Cuando entró el doctor, éste observó brevemente al niño y, sin mediar otra palabra, preguntó: «¿Surucucú?». El niño asintió con gesto digno pero contraído, y el doctor salió de la sala con aire de urgencia. Poco después entró la madre del niño. Mientras le ofrecía una mano de apoyo, dijo: «Estate tranquilo, *esa* que te ha mordido es floja. *Ésa* no puede hacerte mucho daño». Era evidente que para ellos no solo era importante determinar qué especie de serpiente le había mordido, sino también saber de quién era el veneno que corría por sus venas.

En este libro trato de reimaginar la naturaleza desde el punto de vista de aquellos que piensan y gestionan sus relaciones desde debajo del umbral de la especie. Una surucucú número 8 puede ser Ella, La Otra o un sujeto diferente. El *quién* es una pregunta infraespecie, una pregunta que plantea una nueva dimensión de la coexistencia con otros organismos.

El *quién* inaugura una nueva ecología.



PRIMERA PARTE  
LA ANTROPOLOGÍA COMO INFRAECOLOGÍA



## EL PLANO INFRAESPECIE

*Darwin no se dio cuenta*

Darwin fue un brillante racista. Aunque él no se diera cuenta, el gran genio de la biología fue también un pésimo antropólogo. Tales desajustes no son infrecuentes entre los genios modernos. En *El origen del hombre* (1871), Darwin asumía que las «razas inferiores», es decir, las «subespecies» o «variedades» de humanos no caucásicos, estaban destinadas a la extinción. Tuvo que ser una ciencia emergente, llamada antropología cultural, la que demostrara en el *impasse* de los siglos XIX y XX que el éxito o el fracaso vital de los grupos humanos no depende de su biología (es decir, de su raza), sino de factores históricos, sociales o culturales. La raza se reveló como una idea engañosa, insuficiente. A día de hoy, la «raza superior», la de Darwin, parece la más propensa a auto-extinguirse.

Pero el origen de esa paradoja evolutiva precede a Darwin. La idea de raza era hija de la idea de «especie», la unidad mínima con la que otro genio naturalista, Linneo, dibujó el gran árbol de la taxonomía moderna. Eran tiempos en que los mismos señores nos querían explicar el funcionamiento de lo social y de lo biológico. En el *Sistema Naturae* de Linneo, publicado en 1735, los humanos aparecíamos divididos en cuatro subespecies (*europaeus*, *americanus*, *asiaticus* y *africanus*), también conocidas como «variedades» o «razas». Darwin entendió esas razas como «especies incipientes», es decir, grupos de organismos que de manera natural debían luchar entre sí para perpetuar su supervivencia. Únicamente las razas superiores se elevarían a la categoría de especie en su carrera evolutiva, es decir, estabilizándose en el ecosistema, dominándolo y dejando de ser solo «incipientes».

Esa lógica jerárquica, selectiva y evolutiva valdría para explicar, supuestamente, tanto el devenir del *Homo sapiens* como el del resto de las especies. La superioridad del humano, y en particular de los humanos de raza caucásica, pasó de ser mitología religiosa a convertirse en doctrina científica. Hasta el presente, muchos han propagado esa fascinación por la versión más grandilocuente de nuestra especie. Pero nuestra trayectoria ya no parece tan alentadora. En medio de las actuales crisis sociales, sanitarias y ecológicas, la celebración del vigor evolutivo humano se torna cada vez más flácida. A día de hoy, los presuntos *sapiens* empezamos a envidiar a muchas de esas especies «inferiores» que al menos hicieron planes para sostener la vida a largo plazo.

### *Ecología bajo el umbral de la especie*

Ocurre que en las ecologías contemporáneas la mayoría de las especies, razas o subespecies, independientemente de su supues-

to rango evolutivo, son fundamentalmente efímeras: en mayor o menor grado, todas las especies del presente están amenazadas por la pérdida de la biodiversidad, la degradación y fragmentación de los ecosistemas y la extinción. De hecho, hoy en día resulta difícil encontrar colectivos humanos o no humanos que no sean desesperadamente «incipientes», es decir, variedades que nunca llegan a culminar sus proyectos evolutivos y son acechadas por las sombras de su posible desaparición.

Gracias a Linneo aprendimos a dividir y fijar nuestro pensamiento natural en unidades discretas, llamadas especies. Gracias a Darwin aprendimos que la evolución lleva a que esas especies se transformen de manera gradual y aleatoria, pero siendo seleccionadas de acuerdo con principios biológicos básicos, como la adaptación y la supervivencia. El problema es que la acción del ser humano ha acelerado y reorientado esas transformaciones de tal manera que, en el presente, observamos cómo muchos organismos modifican su comportamiento, su hábitat o incluso su morfología de manera rápida, deliberada, y en ocasiones desplegando una notable fuerza creativa. Esa creatividad se refleja en el hecho de que, cada vez más frecuentemente, organismos concretos se alejen de los parámetros de hábitat y comportamiento atribuidos a su especie: lejos de la naturaleza lenta y aleatoria de los cambios evolutivos, hoy vemos cómo individuos o pequeños grupos de organismos experimentan, de manera intencional, con nuevas formas de existir y relacionarse en contextos ecológicos alterados por los humanos.

Este libro aporta ejemplos de transformaciones ecológicas que, por su rapidez, diversidad e impredecibilidad, no pueden explicarse en el marco de las lógicas y temporalidades de la biología evolutiva. De manera crucial, el pensamiento evolutivo no solo ha sido propagado por los biólogos de la era

moderna y sus acólitos, sino también por científicos sociales y divulgadores contemporáneos tan notables como Steven Pinker o Yuval Noah Harari (entre otros). A pesar de sus visiones opuestas sobre el curso de los *Homo sapiens* (donde Pinker representa algo así como el optimismo evolutivo, y Harari, el pesimismo tecnológico-naturalista), ambos han redundado, con sorprendente popularidad, en una lógica lineal y netamente biologicista de lo que se supone que es la trayectoria «natural» de los humanos<sup>1</sup>. Contra esa visión homogénea, lineal y limitante del humano (y de las dinámicas de la vida general), este libro propone una narrativa diferente. Aquí se despliega una narrativa en la que la forma que adopta una ecología no siempre viene explicada por la naturaleza intrínseca y predecible de sus componentes esenciales (es decir: las especies), sino que en muchas ocasiones se configura por los gestos intencionales, heterogéneos y disruptivos con que los organismos *tergiversan su naturaleza* para experimentar con todo tipo de relaciones inesperadas.

Como ilustración de esa visión no lineal de la historia ecológica, y desde la perspectiva de la antropología ambiental, este libro presenta los casos poco convencionales, pero potencialmente elocuentes, de jabalíes que se urbanizan, delfines amazónicos que negocian el espacio lacustre con pesca-

<sup>1</sup> Como ejemplo de lo que llamo «optimismo evolutivo», en *Los ángeles que llevamos dentro* (2012) Pinker sugiere que la evolución nos ha llevado a una prometedora reducción de la violencia. Como ejemplo de lo que describo como «pesimismo tecnológico-naturalista», en *Sapiens* (2017) y otros textos Harari traza una historia evolutiva del creciente poder de los humanos sobre la naturaleza, pero con el pronóstico alarmante de la creación de seres biotecnológicos que pueden desbancarnos como especie dominante. Tanto Pinker como Harari despliegan relatos científicos en donde la historia humana, netamente determinada por la biología, nos empuja en una trayectoria lineal, más o menos predecible, y que pretende abarcar al conjunto de los humanos como especie.

dores, horticultores que «hacen» sus suelos y selvas o climatólogos que dialogan con chamanes sobre el devenir de la atmósfera. Desplegando las observaciones hechas durante el tiempo de un trabajo de campo etnográfico, es decir, en el plazo de meses y años, el argumento ilustra lo que hacemos los humanos y los no humanos cuando dejamos de especular con jerarquías biológicas y objetivos evolutivos. Cuando nos disponemos unos a otros como *sujetos* o *especímenes* situados en el tiempo y en el espacio, y no como especies, es cuando podemos abrazar nuestra naturaleza irremediablemente «incipiente» (por emplear los propios términos de Darwin), es decir, nuestra capacidad para autotransformarnos y reorientar nuestras ecologías cotidianas en direcciones que la biología, por sí sola, no puede explicar.

El particular giro conceptual que planteo puede resumirse de la siguiente manera: desde Linneo y Darwin, la idea de especie ha sido la unidad mínima con la que representamos los esquemas, procesos y equilibrios de los ecosistemas. Si ese recorte taxonómico de la vida puede resultar en ocasiones excesivo o impreciso, aplicado al caso de la especie humana da lugar a argumentos que resultan por un lado reiterativos, en el sentido de que se limitan a ratificar ciertos dogmas de la historia científica occidental, y por otro lado homogeneizadores, por cuanto no dejan mucho margen para considerar la gran variabilidad de los modelos socioecológicos humanos. La idea de especie ha calado tanto que, de hecho, notorios divulgadores científicos, como Pinker o Harari, ni siquiera parecen haber necesitado considerar la diversidad social, cultural o cognitiva de los propios *sapiens* para emitir teorías generalizantes (y biológicamente redundantes) no solo sobre el pasado, sino también sobre el futuro de «la humanidad».

En esas narrativas, la especie humana parece interactuar con el resto de las especies como si la naturaleza o la ecología

estuvieran compuestas por grupos de organismos netamente discernibles e internamente coherentes. Sin embargo, desde una perspectiva narrativa y analítica menos embebida de la pulsión clasificatoria de la ciencia natural, parece inaplazable reconocer que la ecología o la naturaleza son dimensiones compuestas por grupos de organismos mucho más inventivos y diversos de lo que nos sugieren los relatos científicos que permanecen adheridos a la idea de especie. Como respuesta, en este libro propongo una perspectiva «infraespecie». Desde un plano infraespecie, podemos dar cuenta de cómo la ecología o la naturaleza se fragmentan y transforman por la acción de organismos altamente *idiosincráticos*, seres con cursos biográficos únicos y cuyos cambios (los que ellos sufren y los que generan en el ambiente) deben ser atendidos a una escala mucho más fina y situada que la ofrecida por los tiempos, lógicas y categorías evolutivas. Lo que sugiere el plano infraespecie es, en otras palabras, reconocer que las transformaciones ambientales contemporáneas requieren pensar en la ecología como un proceso que se produce, a pesar de los naturalistas y sus emisarios, *por debajo* del umbral de la especie.

### *Genealogía de una idea*

Aunque el concepto «infraespecie» sea una aportación original de este libro, la idea tiene su propia genealogía intelectual. Por ejemplo, en el libro *La seta del fin del mundo* (2021), la antropóloga Anna Tsing sugiere que «la especie» no es la unidad adecuada para describir las dinámicas de la vida, ya que esas dinámicas se reorientan de manera incesante por la gran diversidad de puntos de vista que existen *dentro* de cada especie. La solución taxonómica a este problema de la variabilidad interna es, como ya sabemos, la idea de «subespecie». Sin

embargo, en lugar de fijarnos en los atributos biológicos más o menos estables, Anna Tsing y otras proponen atender a la *desestabilización* que se produce en el marco de lo que llaman «relaciones interespecie» o «multiespecie»<sup>2</sup>, es decir, relaciones que vinculan irremediabilmente y de manera variable la vida de los humanos a la de muchos otros organismos.

Otra antropóloga, Radhika Govindrajan, muestra en su libro *Animal Intimacies* (2018) que las relaciones entre humanos y animales tienen en ocasiones un componente íntimo y afectivo muy importante y similar al que orienta las relaciones entre humanos. En efecto, la mirada antropológica invita a pausar la obsesión taxonómica con los *atributos* generales de las especies, y en su lugar sugiere atender mejor a las *relaciones* concretas entre organismos que están situados en circunstancias particulares. Desde esa mirada más íntima y situada, podemos ver como la historia, la cultura o incluso los afectos personales orientan las vidas de humanos y no humanos en direcciones que, a menudo, desbordan las lógicas explicativas de las ciencias naturales.

Como reacción al fetichismo o reduccionismo biológico, y también como enmienda «amistosa» a las teorías en ciencias sociales que se orientan hacia las «relaciones multiespecie», en este libro propongo una óptica infraespecie. Es importante subrayar que el concepto no se refiere a una escala taxonómica, sino a una dimensión *relacional*. No se trata de identificar un rango clasificatorio que delimite los atributos de determinados grupos de organismos, sino de

<sup>2</sup> Para una introducción completa en inglés a la antropología de las relaciones multiespecie, puede consultarse el artículo «The emergence of multiespecies ethnography» (Kirksey y Helmreich 2010), en la revista *Cultural Anthropology*. Para una visión general en español, puede consultarse la introducción del libro *Vitalidades: etnografías en los límites de lo humano* (Dabezies y Arregui 2022), publicado por Nola.

trazar sus relaciones desde un plano que dé cuenta de la dinámica más idiosincrática y cambiante de su comportamiento. «Infraespecie» señala, en otras palabras, una dimensión desde la que atender a relaciones mínimas y situadas entre organismos humanos y no humanos, organismos que aquí son considerados individuos singulares, dotados de subjetividad e intencionalidad y relativamente autónomos. Después de todo, es en el inframundo de las relaciones íntimas y cotidianas entre especímenes o individuos concretos, y no en el suprauniverso de las categorías taxonómicas y las teorías evolutivas, donde se originan muchos de los procesos que determinan las ecologías del presente.

Como ejemplificaré más adelante, desde el plano infraespecie se hace evidente que los organismos tejemos relaciones mundanas y tentativas con las que, más allá de los esquemas explicativos de las ciencias naturales, *hacemos y rehacemos* las ecologías que nos rodean. Y es que el plano infraespecie está constituido por una lógica formativa ascendente, es decir, una lógica que *no* revela cómo «nos adaptamos» al entorno, sino cómo lo construimos, de manera íntima y casi artesanal, en nuestras relaciones cotidianas con otros seres. Con una perspectiva de comparación antropológica entre diversos contextos sociales y ecológicos, en estas páginas sugiero que atender a diferentes manifestaciones de las relaciones que se despliegan bajo el umbral de la especie puede servir, de hecho, para detectar *modelos no convencionales* con los que imaginar formas alternativas de coexistencia. ¿Qué sucede en la ecología cuando dejamos de pensar a los no humanos como organismos-*objeto* y pasamos a considerarlos como organismos-*sujeto*? ¿Qué cambia cuando, en nuestras preguntas acerca de la coexistencia, transitamos desde las generalizaciones del «qué» hacia las particularidades del «quién»?

*Conectando a los irreverentes vecinos  
de Amazonia y Barcelona*

Entre los años 2006 y 2019 realicé diversas estancias de trabajo de campo etnográfico en Amazonia, sumando un total de más de dieciocho meses, que pasé especialmente en el río Erepecurú (Pará, Brasil). Desde 2017 realizo también trabajo de campo en mi ciudad natal, Barcelona. Mi experiencia etnográfica se nutre de dos regiones con ecologías y sociedades radicalmente distintas. A pesar de mi inclinación etnográfica hacia los particulares de cada contexto, mi interés ha estado ampliamente dominado por algunas formas análogas de entender las relaciones entre humanos, y entre éstos y no humanos. Una de las observaciones que mejor conectan Amazonia y Barcelona es la de que muchos animales humanos y no humanos parecen poco (o nada) preocupados por respetar lo que se supone que es «su naturaleza».

La investigación que aquí presento está protagonizada por tres tipos de mamíferos que, con sus más y sus menos, podemos considerar como animales sociables e inteligentes: los delfines de río (*Inia geoffrensis*), los jabalíes (*Sus scrofa*) y los humanos (*Homo sapiens*). Éstos, a su vez, se relacionan diariamente con muchos otros seres, organismos que habitan o componen lagos, selvas, ciudades o cielos. Las interacciones que se dan entre estos tres mamíferos y los bichos o elementos que los rodean son a menudo íntimas, en ocasiones contenciosas, y casi siempre muy variables y llenas de ambivalencias afectivas. Por lo general, lo que sabemos de la biología de las tres especies de mamíferos nos dice poco acerca de cómo gestionan los individuos sus encuentros cotidianos. Jabalíes, delfines, científicos, chamanes, horticultores y la infinidad de organismos que los acompañan parecen, de hecho, muy proclives a traicionar lo que se supone que es su naturaleza. ¿Cuántas veces *no* hacen lo